

tento de motín del cual es casi seguro que ningún triunfo hubieran derivado sus ideales.

No, es preciso que nuestros adversarios no tengan razón cuando nos gritan desde los sillones de su comodidad, que nuestro clamor lo hace la envidia y que el odio interesado es el fermento de nuestras convulsiones.

Sacudamos al fin la cadena de oprobio que nos esclaviza.

Seamos alguna vez sinceros, y declaremos al mundo si es la revolución por la piltrafa el sólo anhelo de nuestra fantasía, ó si efectivamente llevamos delante de nosotros la lámparilla de una noble ilusión cuando nos agitamos en esta que han llamado *lucha redentora* tantos merodeadores de la acción.

Carta á un amigo

Respondemos á la carta con que cariñosamente nos invitáis á acudir en defensa de las señoritas graduadas de Bachiller en el Liceo de Heredia, soezmente acometidas por la revista católica que se llama *La Nave*.

Entendemos que tal defensa está de más en el presente caso. Las gentiles amazonas que encabritando ideas pasan hoy gallardamente á nuestra vera, no han menester el secular escudo varonil que en todo tiempo dió socorrido amparo á las debilidades femeninas.

¿No son bachilleras? ¿No quieren ser abogadas?

Pues bien sabido tienen ellas que ingresan á una lucha brava en la cual no pueden pretender campar con faldas.

El profesionalismo en que se enredan, nos repugna en los hombres. Para las mujeres, para nuestras pobres mujeres atascadas todavía en cánones de concilio y lodazal de dogmas, hace nuestra buena voluntad una excepción. Al fin y al cabo su entrada en él tiene todos los encantos de un avance y todos los traqueteos de un rompimiento. Por qué no decir que por este solo aspecto de su empresa la miramos con regocijo y la seguiremos

con aplauso? Por lo demás, cuánto celebremos que á la salida hayan encontrado el mordisco. Y que él venga de las rabias del antro á cuyas lobregueces sus pensamientos iluminados no deben retornar jamás.

La iglesia católica, por boca de sus sabios y piadosos doctores, siempre distinguió á la mujer con su anatema vergonzoso. ¿Qué mucho que aún se yerga para atajarle el paso al ver que rompe los frenos de la incapacidad y despedaza á los vientos del ridículo la infalibilidad de las sentencias doctores?

Cartel

Gasta su tiempo inútilmente la reacción que quiere atraernos con el desplante de la diatriba, á los desfiladeros de su derrota.

Ya lo dijimos al comenzar nuestras labores, y ahora lo repetimos con porfiado empeño:

«Elogios y censuras, piedras y flores, nos serán lanzados desde los balcones de todos los criterios, y no recogeremos ni unos ni otras; pues no hemos venido á discutir nuestros méritos que sólo la propia conciencia sabrá juzgar con acierto. Necesitamos nuestro tiempo y nuestra energía para ir con ellos á la conquista del ideal».

Bien comprendemos que la clerigalla militante—muda de uno pieza cuando debió repeler con energía las estocadas mortales que dirigimos á su armazón pintarrajeada—trata ahora de levantar camorra creyéndose amparada por visibles influencias oficiales. No se resigna al desdén en que tenemos su arrogancia desde que la derrota electoral recién pasada y la angustiosa penuria en que se arrastran sus órganos de publicidad en un país que por suyo habrían tenido, eliminaron ante nosotros su entidad como fuerza contendora.

Mas, como los árabes del cuento, vamos á la meca.

¿Como habríamos de detenernos á espantar los canes que anuncian nuestro paso triunfal con su algazara?

JOSÉ MARÍA ZELEDÓN